

abrió sus ojos obliquis y miró á la derecha y á la izquierda con un alboroto que no se puede describir. En algunos momentos se acordó de la casa del Cristo y se dirigió con precipitación al postigo que le servía de salida. En un momento volvió á cerrar. Apretó la puerta y volvió á mirar á todo el barrio.

## XX.

En que se sigue la materia del anterior.

GARATUZA sintió que le incomodaba un poco la herida que había recibido en el brazo; pero sin embargo, como la sangre que de allí brotaba era muy poca, no se detuvo y se dirigió á la casa colorada.

Como eran ya cerca de las diez, necesitó llamar á la puerta repetidas veces para conseguir que le abriesen.

Al fin refunfuñando y medio dormido, el viejo portero se presentó, reconoció á Martin y le hizo penetrar en la casa.

—¿Aun no sale el Padre?—preguntó Martin.

—Aun no—contestó el viejo.

Garatuza se entró hasta el aposento que ocupaba Don Alonso.

—¿Qué hay?—preguntó el Padre.

—En primer lugar, que no salgais esta noche, ni vayais á la casa del Cristo.

—¿Por qué?

—Todo aquel barrio está alborotado; Don Baltasar de Salmeron ha sido muerto, á lo que parece, de una estocada.

El Padre recordó todo lo que había hablado con Martin en la tarde, y le miró con profunda curiosidad, notando que tenía sangre en la ropilla.

—¿Martin!—exclamó—¿estás herido?

—Poca cosa—contestó el otro con indiferencia, mostrando su brazo izquierdo;—la víbora alcanzó á morderme.

—Acércate—dijo el Padre con interés y olvidando la conversacion—algo se me alcanza de la medicina, á pesar de serme prohibido por mi estado.

—Dejad, esto se curará sin medicina.

—No—insistió el Padre—quiero curarte. Y tomando la mano de Martin cortó la manga de la ropilla con unas tijeras, y dejó descubierta la herida, que examinó cuidadosamente.

—Poca cosa es en verdad—dijo—basta lavarla y vendarla, que tu salud es robusta y sanarás pronto.

Entonces, con todo el despejo de un cirujano consumado, lavó el brazo de Martin y se lo vendó.

—¿Qué tal?—dijo.

—Me siento bien—contestó Garatuza.

—Continuemos nuestra conversacion. ¿Murió Don Baltasar?

—Debe haber muerto ya.

—¿Y qué hubo despues?

—Que como las rondas se aparecen cuando menos debieran de hacerlo, llegaron los alcaldes, y los alguaciles, y el demonio, y aunque nada sacaron de rastro, quise venir á prepararos para que por allá no aparezcáis, que pudieran daros un susto.

—Es verdad, pero se pierde la noche.

—No se pierde, que bien aprovechada está ya con la muerte de un traidor, y con las instrucciones que me dareis para el príncipe de Nassau, que no me conviene ya estar ni un solo dia mas en México.

—Entonces, hé aquí todo: una carta para S. A., y que tú le refieras cuanto ha pasado. ¿Cuándo piensas salir?

—A la madrugada de mañana; solo que tengo que ver antes á la señora de esta casa, para entregarle un depósito que me entregó Leonel.

—¿De qué se trata?

—De unos papeles.

—¿Los traes?

—No, voy por ellos y vuelvo.

—Adviértesele entonces para que te espere.

—Teneis razon; vuelvo.

Martin bajó al patio, y se dirigió á la escalera principal.

La casa estaba envuelta en la mas densa oscuridad, y solo al través de la puerta de la sala se notaba luz.

Martin llamó, y á poco se abrió la puerta y apareció Doña Esperanza.

—¿Quién sois?—exclamó asustada la jóven.

—No os espanteis, señora—dijo cortesmente Garatuza:

—vengo de parte de Don Leonel de Salazar, en busca de Doña Juana de Carbajal.

—¿De Don Leonel!

—Sí, señora; ¿sereis vos la persona á quien busco?

—No, es mi madre, pero hase recogido ya.

—Señora, importa que le digais que dentro de breves horas le traeré unos papeles que para ella me ha entregado Don Leonel; que si fuera posible me aguardase, porque mañana salgo para Acapulco y necesito cumplir antes con este encargo.

—Le avisaré á su merced—dijo Doña Esperanza entrando.

Poco tardó en volver con la respuesta.

—Caballero—dijo—mi madre aguardará toda la noche.

—Volveré, pues, tan pronto como me sea posible—contestó Garatuza saludando.

—Ah! perdonad, caballero—dijo tímidamente Doña Esperanza.

—Mandadme, señora.

—Quizá sea una imprudencia.....pero.....quisiera preguntaros.....mi primo Don Leonel.....¿sigue preso?

—Sí, señora.

—¿Y creéis que le amenaza algun peligro?

—Os aseguro, señora, que no le amenaza ningun peligro, y creo que pronto saldrá libre.

—Gracias, caballero, gracias, y perdonad mi imprudencia.

—Podeis mandarme, señora—contestó Martin, y salió diciendo en su interior:—«aquí hay algo mas que parentesco.»

Llegó al zaguan, y al salir dijo al viejo portero:

—Amigo, no os durmais, que de volver tengo para un negocio de mi señora Doña Juana.

—Está bien—contestó Luis Herrera con todo el mal humor posible.

Martin volvió á Palacio, y procurando no ser notado por el virey, penetró hasta su aposento; sacó de él la caja que le habia confiado Salazar, y se encaminó á la casa del Zambo.

Como en Palacio todos sabian que Martin, encargado de misiones secretas del virey, podia entrar y salir á la hora que quisiese, nadie puso atencion en lo que hacia, y sin dificultad llegó á la plaza de las Escuelas y llamó á la casa del Zambo.

—Es preciso—dijo á éste al entrar—que en este momento vayas en busca de dos mulas para caminar; una para mí, otra para mi caja; y además, que venga contigo un arriero de confianza: no te pares en precio; son las once de la noche; á las dos estarás aquí de vuelta: tres horas son mas que suficientes: andando.

El Zambo no contestó; tomó su viejo sombrero, una capa, y salió cerrando tras sí la puerta.

Martin, con una actividad asombrosa, se desnudó, sacó de su caja un sencillo vestido de clérigo y un sombrero negro sin toquilla; guardó en la caja toda su ropa y la cerró con llave.

Entonces se acercó á la luz, tomó la cajita de Don Leonel, y sacó de adentro un libro manuscrito y primorosamente encuadernado.

Comenzó á hojearle; habia allí letras y escrituras diferentes; leyó un trozo, y luego otro, y al fin exclamó:

—Ciertamente que esta es una historia curiosa y que bien vale el trabajo de leerla: tengo tiempo de hacerlo antes de entregarla á su dueño, y así no me fastidiaré esperando al Zambo: veamos desde el principio.

Y encendiendo una bujía de cera, se acomodó en la cama del Zambo, procurando estar muy á su gusto, y comenzó la lectura de aquel libro, que decia así:

## LA MARCA DEL FUEGO.

### MEMORIAS DE DOÑA JUANA CARBAJAL.

#### ESPERANZA:

Para tí escribo, hija mia, estas Memorias, como las he oido de la boca misma de mi abuelo. En ellas verás la historia de nuestra familia y la tuya misma: aquí sabrás quién es tu padre, y cuando tú las leas, que será solo despues de mi muerte, olvida mis faltas y reza á Dios por mí.

Lee con atencion, hija mia, y que el Señor del cielo te bendiga y te haga feliz.

La gran ciudad de México, como la llamaron los españoles, habia caido en poder de Fernando Cortés, y el noble emperador Guatimotzin, ó Guatimoc, como ellos le decian, estaba prisionero.

El rey de España era dueño ya del rico imperio mexicano: era el año de 1521.

El conquistador trató al principio con toda clase de miramientos al prisionero monarca, y le hizo sentar siempre á su derecha, y apareció siempre en público prodigándole toda clase de miramientos.